

## XVIII

En el portal respiré.

—¡Ay, Saúco!— dije.—¡Qué oficio el vuestro!

—Parece que te hizo impresión la visita de don Felipe...—murmuró el doctor.—No me extraña. El que no está familiarizado con ciertos males... ¿Y qué tal el episodio de hoy? Es la forma anestésica, la muerte de los tejidos: los nervios se destruyen completamente, de manera que tu tío pudo quemarse el pie enterito sin notarlo, hasta que el fuego llegase a la parte sana... Te digo que esta enfermedad es pavorosa. Pero ya se le ha curtido a uno la piel. ¿Quieres venirte a Apolo a oír una pieza?

Accedí. Me iría a cualquier parte, con tal de distraerme, de no pensar más en las miserias de nuestro infeliz organismo. Saltamos del tranvía y nos bajamos ante el vestíbulo de Apolo, que la luz eléctrica alumbraba con claros resplandores. Acababa justamente de alzarse el telón, y representaban una de esas piecillas inmortalmente bobas, en que un tío procedente de Cuba llega de pronto a sorprender a un sobrino, suponiéndole casado y padre de familia, mientras el pillín del muchacho se ha mantenido soltero. Al anuncio de la venida del pariente ricachón, unas complacientes amiguitas se prestan a improvisarle al sobrino hogar completo, con mujer, suegra, cuñadas y chiquitines, a fin de que el de los ingenios (estos tíos antillanos de comedia siempre poseen ingenios a patadas) se enterezca y no retire su protección al calaverilla. En los *quid pro quos* a que da lugar la suposición de estado civil, consiste toda la sal de la pieza, bien reída por el candoroso público. Iba comenzando a enterarme del *imbroglio*, cuando por poco me arranca un grito la presencia de la actriz

que salía sacudiendo los muebles con un plumero, en el papel de maritornes... No cabía duda: a pesar de la cascarilla y del calorete, conocí a Cinta, que realizaba al fin sus aspiraciones de «artista lírica», si bien en la esfera más humilde.

Puedo asegurar que mientras no vi a aquella criatura, ni me acordaba de la existencia de su hermana, la buena moza Belén, que me había distinguido siempre con constantes e inmerecidos favores. Su recuerdo, de ordinario indiferente, o punto menos, para mí, me produjo efecto extraño, no sentido jamás: algo que se parecía a la efusión, mitad romántica y mitad ardorosa, de un corazón joven que aspira impetuosamente a la dicha... Mezclen ustedes y agiten en un vaso la nostálgica embriaguez del recuerdo y la savia juvenil que bulle como el cráter en actividad, y obtendrán el filtro que me hechizó en aquel instante, obligándome a decir a Saúco que «me había olvidado de un negocio muy urgente... que no podía esperar a ver cómo acababa el enredo de la familia postiza...» Y dejando al mediquín con más que regular escama, corrí, corrí, empujando a los transeuntes y sorteando los carruajes, hacia la calle de las Hileras... ¿Si no estuviese en casa Belén, o si, estando, no me recibiese por... por cualquier motivo?

No habían apagado todavía el gas del portal. Serían poco más de las diez. Me disponía a llamar a la puerta, cuando observé que se encontraba entornada solamente. En el recibimiento no había luz, y avanzando con precaución para no tropezar en algún mueble, vi a lo lejos una dudosa claridad procedente de la sala, y arriesgándome a sufrir las consecuencias de mi imprudente osadía, me dejé guiar por el rayito, y entré en la pieza siseando: «¡Belén! Psss... ¡Belén!» La sala estaba vacía, sin mueble alguno; parecía inmensa, y en ella retumbaban los pasos y se ahuecaba la voz. Habían desaparecido los espejos, el entredós, las colgaduras... La claridad se debía a un

quinqué de petróleo colocado en el suelo. Empujé la puerta del gabinete, entreabierta también, y un grito femenino respondió a mi entrada... «¡Chiquilla!» «¡Dios, qué asombro! ¡Ay, apareció de mi alma!» Dos brazos mórbidos se ciñeron a mi cuello; un hálito ardiente me calentó los labios, murió en ellos un suspiro... y me encontré caído en la meridiana, con la cabeza de la pecadora sobre mis hombros...

—¡Qué reguapa estás!—la dije con admiración al cabo de un minuto.

—¡Zalamero, invencionista!—contestó estrechándome con furia.

No era zalamería, no. Nunca la gallarda escultura de su cuerpo ostentó líneas más firmes, ni su cara más hermosa palidez, ni sus labios remedaron mejor a la granada madura, salpicada de gotas de leche. Acaso me pareció más bella por mi estado de alma, y en mis ojos, sedientos de vitalidad, era de donde se reflejaba tan magnífica y tentadora la gran mujer. Sorprendida en el *deshabillé* más incorrecto, Belén calzaba chapín de raso, vestía un faldellín de *peluche* carmesí con encajes negros, y sobre su arrogante busto ceñíase una pañoleta de rejilla atada atrás. No me cansaba de tocar sus brazos firmes, sus apretadas carnes, murmurando con idolatría: «¡Qué sana estás... qué fresca y qué guapetona!... Te mordería lo mismo que si fueses un albérechigo». «No...—tortoleaba ella en voz arrulladora—no, trapacero, si tú no me quieres a mí. Sino que vienes de allá, no me has visto hace tiempo, y *taentrao* capricho... Lo conozco que *taentrao*...»

Cuando la dejé respirar un poco, me reveló el secreto de la desaparición de los muebles. «Una *pastelá*. Que Armión se casó con una prima suya, viuda, ricachona... y no le suelta. No, él, como portar se ha portado a lo caballero: me regaló una cantidad redondita... mil duros en *cuatros*. Dice que viva con eso y que sea de hoy *pa endelante* mujer de bien. ¡No

parece sino que antes era una cualquier cosa! Me dió horror de consejos... Que vendiesc los muebles, la ropa y las alhajas; que depidiese a aquella doncella tan *finica* y me mudase a un pisito... En eso le atendí, porque., mientras no se terciara cosa de provecho..., éste cuesta mucho. Hoy por la mañana han venido las prenderas y arramblado con la sala toda. Pero aquí, en mi gabinete y mi dormitorio, no se ha tocado aún a cosa ninguna. Y me alegro, ya que la Virgen de la Paloma te trajo esta noche. ¡Qué morenillo vienes, pedazo de gloria! Así me gustas requetemás!»

Habría transcurrido cosa de media hora, cuando..., ¡oh naturaleza insaciable, molino que no se para nunca!, dejaste oír tu voz allá en el fondo de mi estómago vacío... Bien recordarán ustedes que no había probado alimento en casa del tío Felipe.

Mis mandíbulas se desencajaron con histérico sollozo; veló mis ojos leve niebla; noté como si me barrenasen, y un desfallecimiento se apoderó de mí... La individua me contemplaba con inquietud. «¿Qué te pasa? ¿Estás malito?» Sonreí, me incorporé sobre un codo y murmuré con esfuerzo: «Chiquilla, si vieses... No he comido hace bastantes horas... Dame un sorbo de vino, si lo tienes a mano.»

¡La merienda que allí se armó en pocos minutos! Corrió la pecadora al comedor y a la despensa, trayendo copas, platos, cubiertos, pan, salchichón, ternera fría, botellas..., el descorchador. «¡Ay, qué fortuna!», exclamaba a cada objeto que dejaba sobre el lavabo, o en el suelo, o donde Dios quería. «Pues si vendo hoy las botellas, me luzco.... La Paca me las quiso comprar, y me decía la muy largatona:—Suelta ese *Champán*, mujer, que tú no vas a bebértelo, y yo te lo pago a peseta botella.—¡Mira que a peseta! Y costaron a quince cuando se trajeron el día de San Telesforo... Anda, que si las vendo..., se me desgracia ahora el *lunche*.»

No tardó el *lunche* en organizarse, no escaso de

bebidas ni de manjares, y a medida del deseo. Alborozada con mi presencia, Belén encendió las bujías color de rosa del tocador, echó a la puerta de la calle llavín y cerrojo, y se empeñó en que abriésemos desde el principio una botella de *Champán*, para que hubiese alegría y fiesta. «Si se las han de llevar esas ladronas de solenidá en una mala peseta, bebámoslas, hijo..., que van mejor empleadas.»

No sé si por lo desfallecido de mi estómago, o por virtud natural del vino juguetón, desde la tercera copa me pareció que se verificaba en mí un cambio singularísimo, cuyos efectos expliqué a Belén, que se reía, tomando mis explicaciones por efectos de la turca. «Mira, salada, antes de entrar a verte, yo tenía sobre el corazón una envoltura gris, pegajosa y fría como las telarañas. Y desde que te he visto, la telaraña se me quitó, o, mejor dicho, fué volviéndose una gasa brillante, más fina y más dorada cada vez, que ahora es una espumilla de oro..., una espumilla que crece, y se alborota, y forma olitas, y me sube todo alrededor, como un mar...; pero ¡qué mar, ¡ay!, tan bonito! Nado en él..., floto..., no me sumerjo.... —¿Lo ves?—añadía haciendo el ademán del queda paladas.

—Es la espuma de *Champán* propiamente—explicó la pecadora, riendo con libertina carcajada y sacudiendo su negro cabello fosco, semejante a melena de león.

—No..., no es el Champaña.... No creas que confundo.... El Champaña es líquido, hija..., y esta espuma de que te hablo me parece fluída..., un fluído universal... que lo penetra todo....

Me incliné sobre su orejita, encendida como la grana, y murmuré:

—¡Tonta, si es la vida! ¡La vida misma..., una cosa inmensa, que no se concluye! La vida se presenta así..., en olas que van y que vienen y se enfurecen o se aplacan;.. como un mar.... La vida es... una diosa; hubo épocas en que los pueblos la adoraban.... La vida

es hermosísima; toda se vuelve luces, y flores, y risas, y.... No me hables de enfermedades ni de muerte..., ¡cosas tan antipáticas! Morir... sin que se sepa que morimos... es seguir viviendo. ¿Verdad que tú estás... sanita... como las manzanas? ¡Ay, qué sanita!

Ella se rió con expansión de aquellos disparates ordenados.

—La vida...—dije aproximándola más a mí,—la vida... eres tú.

—¿Soy yo una diosa, según eso?—preguntó envanecida la pecadora.

—Una diosa..., sí..., ¡ya lo creo!, del paganismo, hija, del paganismo...; la única religión que hizo del mundo un paraíso terrenal..., porque el cristianismo... francamente, pichona..., es una religión... así..., muy lúgubre..., de..., de gente que ni come... ni bebe..., ni..., ni....

Belén abría de par en par sus magnéticos ojazos, sin comprender a qué venía todo aquello, ni qué relación guardaban con el caso presente los dislates que salían de mi boca. Pero yo no me reía de su cara entre atónita y curiosa, porque empezaba a no distinguirla tal cual realmente era. La buena moza me parecía más alta, más mujerona, más rica en colorido, y en formas más espléndida; sus labios eran del tamaño y color de una rosa gigantesca, hecha de llama y sangre.... El resto de la figura lo veía al través de una bruma dorada y pálida, movable cortina salpicada de danzarines puntos blancos que incesantemente se entrecruzaban, bajaban, subían, se proyectaban en rocío de aljófara, como el chorro de agua al despedirlo el pulverizador.... Me froté los ojos, porque aquella grasa sutil me los cegaba..., y entonces vi a Belén mucho menos. Sólo sentí el aterciopelado contacto de su falda de *peluche*, sobre la cual me parece que recliné la frente para aletargarme.